

Después, cruzando sus manos, se entregó á una exaltación religiosa.

— Señor, dadme las fuerzas necesarias para llevar á cabo mi venganza; después, dirigiéndose á su doncella y envolviéndose en un largo manto, dejó oír únicamente esta palabra: ¡ partamos!

Atravesó con firme paso las habitaciones, y después de haber dirigido la última y triste mirada sobre los muebles, los cuadros y los diferentes objetos, testigos de los primeros y últimos momentos de su amor, bajó rápidamente la escalera, y se encontró en el zaguán, donde se agitaban impacientes los caballos de posta.

— Triples derechos por marchar tres veces más veloz que de costumbre, dijo al postillón al subir en el carruaje.

— Y el postillón lanzó los caballos al través de la gran puerta del edificio, con la animación de un hombre que desea ganar legítimamente su dinero.

No contaremos las diferentes impresiones experimentadas por la criolla durante el viaje. Absorta en su dolor profundo no vió ni las fachadas de las casas, ni las torres de las iglesias, ni los árboles del camino. No mirando más que á sí misma, sólo descubría las gotas de sangre que caían de su herida y las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Á las seis horas alcanzó al carruaje de los fugitivos que llegó casi al mismo tiempo que ellos al Havre, en medio de la noche, y supo por el postillón que les había conducido, que habían parado en el hotel Real, situado en el malecón.

— Al hotel Real, dijo en seguida á su postillón.

Después de diez minutos se hallaba instalada en una de

las habitaciones del hotel, y diremos en el capítulo siguiente lo que allí vió y escuchó

CAPÍTULO XI.

LO QUE SE PUEDE VER Y ESCUCHAR POR LAS PUERTAS.

— Dad á esta señora el núm. 10, dijo la dueña del hotel á una criada de servicio.

El núm. 10 está situado en medio del primer piso.

La criada instaló á Mad. de Rozán en su departamento, y ya iba á retirarse, cuando la criolla le hizo seña de que se quedara.

— Cerrad la puerta y escuchadme, la dijo.

La criada obedeció y se acercó á la criolla.

— ¿Cuánto ganáis al año en este hotel? la preguntó.

La criada no estaba preparada para esta pregunta, y dudaba qué responder. Sin duda se imaginaba que la joven y rica extranjera iba á tomarla á su servicio; hizo por lo tanto lo mismo que el vendedor de carruajes y se dispuso á decir el total de su salario.

Hubo por lo tanto por su parte un momento de silencio.

— ¿Me comprendéis? repitió Mad. de Rozán impaciente, os pregunto cuánto ganáis aquí.

— Quinientos francos, respondió la criada, sin contar las pequeñas gratificaciones de los viajeros; y además se me da de comer, habitación y ropa limpia.

— Eso me importa poco, contestó la esposa de Camilo, quien como á todas las personas preocupadas por una idea,

le eran completamente indiferentes las cuentas de la camarera. ¿Queréis ganaros esos quinientos francos en cinco minutos?

— ¿Quinientos francos en cinco minutos? repitió la criada mirando con desconfianza á Mad. de Rozán.

— Sin duda alguna, dijo ésta.

— ¿Y qué es preciso hacer, continuó la criada, para ganar tan pronto esta suma?

— Una cosa muy sencilla: hace unos veinte minutos, una media hora á lo más, que dos viajeros han entrado en el hotel.

— Ciertamente.

— Dos jóvenes, ¿no es así?

— Marido y mujer, sí, señora.

— ¡Marido y mujer! murmuró la criolla comprimiendo sus mandíbulas. ¿Dónde están alojados?

— Al fin del corredor en el núm. 25.

— ¿Y hay algún cuarto próximo á su alcoba?

— Hay uno, pero está ocupado.

— Pues yo quiero ese cuarto.

— Pero eso es imposible, señora.

— ¿Por qué?

— Porque está ocupado por un viajero del comercio á quien se reserva esa habitación, y como tiene costumbre de estar en ella, no querrá abandonarla.

— Sin embargo, es preciso que la deje; inventad un medio cualquiera; si me hacéis con ese cuarto, estos veinticinco luises son para vos.

Y la criolla sacó las veinticinco piezas de oro de un bolsillo y se las enseñó á la criada.

Esta se sonrojó de avaricia.

Después volvió á reflexionar nuevamente.

— Y bien, preguntó la señora de Rozán que empazaba á perder paciencia, ¿estáis decidida?

— Hay un medio quizás de que todo se arregle, señora.

— Pronto, pronto, ¿cuál es ese medio? veamos.

— Este viajero toma todos los sábados, á las cinco de la mañana, la mala que va á París y no vuelve hasta el lunes.

— Hoy es sábado, replicó Mad. de Rozán, y es la una de la mañana.

— Si, pero ignoro si se ha inscrito en el libro para que le despierten.

— Id á informaros.

La criada salió y volvió á presentarse después de algunos momentos.

— Está inscrito, señora, dijo llena de alegría.

— Entonces ¿podéis darme su habitación á las cinco de la mañana?

— Á las cuatro y media; porque necesita algún tiempo para ir hasta la posta.

— Bien, tomad diez luises á cuenta, y retiraros.

— ¿No tenéis necesidad de alguna otra cosa?

— No, de nada, gracias.

— Si queréis tomar alguna cosa, esa señora y ese caballero acaban de pedir de comer, y si gustáis se os puede servir á vos al mismo tiempo, y no tendréis que esperar nada.

— No tengo apetito.

— Entonces, voy á haceros la cama.

— Hacedla si queréis, pero no pienso acostarme.

— Como queráis, dijo la criada retirándose.

El que haya visto pasear en su estrecha jaula del Jardín

de plantas, con el ojo de fuego y la melena encrespada, á una leona prisionera y separada de su cueva y de sus hijos, puede formarse una idea de la actitud de Mad. de Rozán desde la partida de la criada hasta la hora prometida.

Á las cuatro y cuarto oyó ruido en el corredor; el criado de vela venia á llamar á la puerta del viajero del comercio.

Un cuarto de hora después, Mad. de Rozán le sintió pasar, hallándose con el oído puesto en la cerradura.

Después sintió también los pasos casi imperceptibles de la criada; los que se detuvieron delante de su número.

— La habitación está desocupada, señora, dijo la camarera.

— Conducidme.

— No tenéis más que seguirme.

Y empezó á caminar delante.

La criolla la siguió en efecto al través de la obscuridad del corredor hasta el núm. 22.

— Aquí es, señora, dijo la criada bastante alto para ser oída por los que no durmiesen, ó para despertar á los que durmieran poco.

— Más bajo, dijo la criolla con un aire casi amenazador.

Después, procurando desembarazarse de la criada:

— Hé aquí los quince luises restantes, la dijo; dejadme sola.

La camarera tendió la mano, recibió los quince luises; pero al tomarlos advirtió la palidez de quien se los daba y las ojeras que rodeaban sus párpados.

— ¡ Ah! dijo para sí, ya comprendo; esta es una señora á quien habrá dado cita el joven del número 25, y mientras duerma su mujer, esta noche ó mañana cuando salga vendrá á buscarla.

— Buenas noches, señora, dijo con esa sonrisa picaresca de los que son inferiores, y en seguida se alejó.

Apenas la criada salió, la señora de Rozán echó una rápida ojeada sobre la topografía de su cuarto.

Era una verdadera habitación de posada.

Por lo general, todos los cuartos de las posadas se abren á un mismo corredor, se comunican unos con otros, y no se aíslan más que cerrando las puertas intermedias, y esto fué lo que vió con alegría Mad. de Rozán á su primera entrada en su cuarto.

Á la derecha habia una puerta que comunicaba al número 21, y á la izquierda otra que daba al 25, es decir, al cuarto ocupado por Camilo y Susana.

En seguida se dirigió hacia esta puerta y colocó su oído en la cerradura.

Los dos fugitivos aun no se habian acostado, acababan de comer; ya porque sin duda no se les habia servido con la prontitud con que habian dicho á la camarera, ó ya porque habian prolongado por demasiado tiempo las conversaciones á que se entregan dos enamorados cuando se encuentran en la mesa y frente á frente.

Se encontraban entonces en la plenitud de una conversación muy animada.

Hé aquí el punto de la conversación desde el cual empezó á oír lo que decían.

— ¿ Es eso cierto, Camilo? preguntaba Susana de Valgeneuse.

— Yo no engaño jamás á las mujeres, respondió Camilo.

— Excepto á la tuya,

— Eso es por un justo motivo, dijo Camilo riendo.

Estas últimas palabras fueron seguidas de un prolongado

y sonoro ruino, que hizo estremecer á Mad: de Rozán.

— ¿Y si tú me engañases como á ella, con el pretexto también de que era por un justo motivo? replicó Susana.

— ¡Engañarte á ti! eso es distinto; para eso nunca habría causa justa.

— ¿Y por qué?

— Porque nosotros no estamos casados.

— Si; pero cien veces me has dicho que si fueses viudo, te casarías conmigo.

— Es cierto.

— Y entonces, desde el momento en que yo fuera tu mujer, me engañarías.

— Es muy verisímil, hija mia.

— Camilo, eres un pérfido.

— ¿Por qué?

— Tú has sido causa ya de la desgracia de una mujer y de la muerte de un hombre.

La voz de Camilo se hizo más sombría.

— Silencio, dijo: á ti menos que á nadie le es permitido hablar de eso.

— Por el contrario, quiero hablar y hablaré, porque esto es un prueba de tu falta de valor; á pesar tuyo, por más que hagas, por más que digas, tienes un penoso recuerdo; más que recuerdo, un remordimiento, y esta es la prueba de que tu corazón no está tan completamente cicatrizado como dices.

— ¡Calla, Susana! Si lo que dices es cierto, si sufro de la manera que acabas de indicar, ¿por qué recordar lo que me hace sufrir? ¿Existe un duelo ó un amor entre ambos? Pues bien: no me hables nunca de este triste episodio de mi vida; porque más bien un motivo de sentimiento entre nosotros sería un motivo de queja.

— Como quieras, no hablemos más de eso, dijo Susana, y no volveré á mencionarlo jamás; pero en cambio de mi promesa, hacedme un juramento.

— Todo lo que quieras, respondió Camilo, recobrando su alegría.

— No te pido más que un juramento, pero serio.

— No hay más que juramentos serios.

— Lo ves; te ríes de todo.

— ¿Qué quieres? ¡La vida es tan corta!

— Veamos: ¿me prometes guardar el juramento que hagas?

— El mayor tiempo posible.

— ¡Estás alegre!

— Veamos el juramento.

— Júrame el no hablarme nunca de tu mujer.

— Mira si soy hombre de conciencia, Susana; jamás te haré ese juramento.

— ¿Por qué?

— Pardiez, es bien sencillo; porque no la tendré nunca á mi lado.

— ¿Tú la amas, según eso? dijo Susana con voz trémula.

— No la amo de la manera que tú lo entiendes.

— No hay más que dos modos de amar.

— ¡Es un error, amor mio! Hay tantos modos de amar como clases de hermosuras. ¿El cielo no tiene otra clase de hermosura que la tierra? ¿La belleza del fuego, no es distinta de la belleza del agua? ¿Se ama lo mismo á una morena que á una rubia? ¿Á una mujer sanguínea, que á una nerviosa? Mira, yo he amado, entre otras mujeres, á una encantadora niña, la última griseta, verdaderamente griseta, que parecía haberse desprendido de las manos del

Señor; á Canta-Lilas, que tiene hoy, gracias á Mr. de Marande, un hotel, un carruaje, caballos y... no obstante la he amado de otra manera que te quitero á tí.

— ¿Más?

— No, de otro modo.

— Y á tu mujer, puesto que quieres que hablemos de ella, ¿cómo la has amado?

— De otro modo también distinto.

— ¡ Ah ! ¡ ya ves cómo la has amado !

— ¡ Diabolo ! era demasiado bonita para que no la amase.

— ¿ Es decir, que la amas todavía ? ¡ miserable !

— Esa es otra historia, Susana, y tú no me prohibirás enteramente que hable de lo pasado.

— Escúcha, Camilo ; desde nuestra salida de París, su nombre se ha pronunciado cincuenta veces por tus labios.

— ¡ Párdiez ! es cosa muy natural ; una mujer de diez y ocho años, que es linda, y que se la deja para no volverla á ver jamás, cuando apenas hace un año que está casada.

— Pero digas lo que quieras, no es natural que un hombre hable á una mujer á quien ama, de otra á quien quiere también, ó á quien ha querido más ó menos. Semillante conversación no es grata para ninguna de ellas, y se ultraje con ella á las dos ; ¿ me comprendes, Camilo.

— Á medias.

— Pues bien ; comprendeme de una vez. Juro ante Dios que tú eres el primero, el único hombre á quien he amado.

Si Mad. de Rozán hubiese podido ver al través de la puerta, por donde estaba escuchando, lo mismo que oía, hubiera advertido la equívoca expresión que tomó el rostro de su marido al pronunciar Susana aquel juramento.

— Juro, Camilo, contestó Susana, sin parecer advertir el aire burlón del joven ; juro que te amo apasionadamente ; y lo mismo que tú me has rogado que no te hable de Carmelita, así te ruego yo también que tú tampoco me nombres á Mad. de Rozán.

— ¿ Qué diablos puede hacer ella en estos momentos ? dijo Camilo procurando evitar la contestación.

— ¡ Camilo, Camilo, eso es infame !

— ¡ Cómo ! ; qué sucede ! preguntó el joven con el tono distraído de un hombre que sale de un sueño ; ¿ qué es lo que calificas de infame ?

— Á tí mismo, Camilo, á tí que piensas en tu mujer á mi lado ; á tí, que no tienes otro pensamiento y que no me escuchas siquiera cuando te suplico que no me hables de ella. ¡ Camilo ! ¡ Camilo ! tú no me amas.

— ¿ Que no te amo, querida mía ? exclamó Camilo abrazándola con entusiasmo. ¡ Que no te amo ! repetía abrazándola con tales demostraciones de cariño, que cada beso que se dejaba oír, producía en Mad. de Rozán el mismo efecto que una gota de plomo derretida al caer sobre la carne viva.

Después hubo un momento de silencio, durante el cual la pobre mujer creyó perder el conocimiento, y caer en el suelo. Se apoyó en el mármol de una consola y con ayuda de este débil apoyó pudo arrastrarse hasta un sillón, donde durante algunos instantes, inmóvil, con los ojos cerrados, y la respiración contenida, no tuvo fuerzas más que para pedir á Dios la auxillase en el cumplimiento de su designio, por terrible que fuese.

Pero recobró en seguida toda su energía al escuchar estas palabras.

— ¿ Sabes qué hora es ? preguntó Camilo á Susana.

— Lo ignoro ; ¿ qué me importa la hora ? contestó la joven.

— Son las cinco.

— ¿ Y qué importa ?

— Quiero decir, que nosotros estaremos mejor *ahí* que *aquí*, replicó Camilo con voz enamorada.

Esta palabra, *ahí*, hizo temblar á la criolla desde los pies á la cabeza ; porque *aquí* era la mesa ; pero *ahí* indicaba la alcoba.

— Vamos, querida mía, dijo Camilo.

— ¿ Me amas ? preguntó lánguidamente Susana.

— ¡ Te adoro ! contestó Camilo.

— ¿ Lo juras ?

— Vamos, contigo es preciso estar jurando siempre.

— ¿ Lo juras ?

— Sí, cien veces sí.

— ¿ Sobre qué lo juras ?

— Por tus ojos negros, por tus labios sonrosados, por tu blanca espalda.

Y al través del agujero de la cerradura, Mad. de Rozán vió que Camilo llevaba á Susana hacia la alcoba.

— ¡ Que Dios me perdone ! murmuró en voz baja.

Y alejándose de la puerta se dirigió derecha á la chimenea, tomó un vaso de agua, que bebió de una vez, y después, asegurada de que estaba bien armada, abrió la puerta de su habitación y siguió el corredor hasta el núm. 25.

Pero en vano buscaba la llave, porque no estaba puesta en la puerta.

En seguida volvió á su habitación y permaneció un instante inmóvil y como enajenada.

Por el lado en que se encontraba, se hallaban los ce-

rojós de la puerta de comunicación, pero por el opuesto estaba la cerradura.

Entonces advirtió una cosa, y era, que por el lado de su habitación estaban los goznes que fijaban la puerta, y entonces comprendió que no estaba perdido todo.

Empezó por quitar sin ruido el cerrojo y después sin ruido también quitó los dos goznes.

La puerta por tanto no quedaba sostenida más que por el pasador de la llave que era de dos vueltas.

Se apoyó contra la puerta y se abrió lo bastante para permitirle el paso.

Entonces marchó con paso firme y grave derecha á la alcoba, y cruzando sus brazos sobre el pecho, contestó á la admiración de los dos amantes tiernamente abrazados :

— Soy yo.

CAPÍTULO XII.

DONDE SE CUENTA CÓMO SE VENGA UNA MUJER QUE AMA.

La entrada de Mad. de Rozán en la habitación ocupada por Susana y Camilo, era tan inesperada, que produjo en ambos un efecto espantoso.

Al ver su inmovilidad y su palidez, se les hubiera creído convertidos en estatuas.

— Vamos, replicó la criolla con una voz apagada, pero tenebrosa, ya os lo he dicho, soy yo ; ¿ no me reconocéis ?

Los dos amantes bajaron la cabeza y guardaron silencio